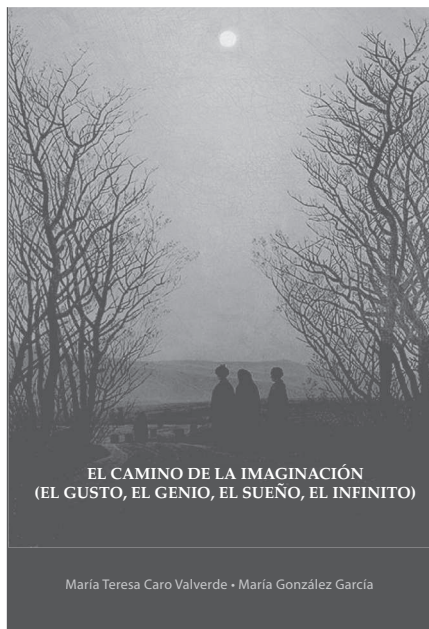


Caro Valverde, M.T. y González García, M. (2009)

El camino de la imaginación (el gusto, el genio, el sueño, el infinito)

Murcia: Azarbe



Hacía mucho tiempo que no caía en mis manos un libro tan erudito y valioso en relación con la percepción de la belleza, como parte esencial de la estética. Cautiva desde un principio el título de la obra: El camino de la imaginación. Ésta recoge el material necesario de la realidad para concebirla distinta, ya sea emergiendo de sus propios límites, ya reformándola o recreándola.

La genealogía se plantea en cuatro destinos sucesivos de este mismo trayecto que va desde sus orígenes en la ilustración escocesa, su desarrollo en las teorías poéticas del romanticismo inglés y ale-

mán, hasta su incidencia en los estudios psicoanalíticos del inconsciente y en los estudios semióticos de la facultad humana de crear entre la vida y los textos. Lo esencial del libro es la defensa del poder inteligente de la imaginación como libertad de asociación basada en la significatividad del conocimiento y en la retórica de la conectividad.

El tema ha ocupado durante mucho tiempo el pensamiento de grandes hombres desde el inicio de la reflexión filosófica en la Antigüedad hasta nuestros días. Por ello, es una suerte que las autoras se hayan inclinado por estudiar esta cuestión y profundizar en determinados asuntos

que a todos los lectores les fascinará por su rigor en la exposición, su profunda reflexión y por su esmerado estilo preciso y diligente.

El mismo Hegel diferenciaba lo bello artístico de lo bello natural con el convencimiento de que aquél era muy superior a lo bello natural por encontrarse el espíritu y la libertad, que realmente es lo único verdadero. De todo ello darán buena cuenta las autoras de libro que nos ocupa.

Desde el prólogo, M^a Teresa y María destacan el protagonismo de la imaginación como “poderosa capacidad comunicativa que atañe a todos los seres humanos.” [...] No creen en la continuidad del propio humanismo sin la existencia del poder de la imaginación, porque el mismo arte se instala en la inconsciencia del que observa la obra desde una perspectiva única e individual que resulta inusitada.

Resulta una meta inalcanzable reseñar este espléndido libro en tan pocas palabras, ya que las citas, reflexiones y postulados en los cuatro apartados en que dividen la obra (el gusto, el genio, el sueño, el infinito) son bastante copiosos.

La sutileza y el ingenio que se proyectan en el apartado del gusto son dignos de mención. En el subapartado La educación estética del sentido común, se menciona la importancia de la Ilustración británica del siglo XVIII por manifestar la presencia de la belleza no en el objeto, sino “en la mente de quien las contempla”, como advierte el filósofo escocés Hutcheson.

En La imaginación de lo sublime, las autoras con gran perspicacia nos adentran en la influencia de Grecia y de Kant en Shaftesbury quien confía en la propia naturaleza humana, aunque “descubre que la belleza no es el objeto de los sentidos, sino de la conciencia de la introspección”. Su ética no se desgaja nunca de la estética. Pero no menos importante resulta Francis Hutcheson quien con una agudeza extraordinaria pone de manifiesto que no puede haber objeto bello, si no hay quien los descubra y disfrute: “La percepción de la belleza es una intuición”. No relegan al olvido a Addison y su teoría sobre la imaginación, pues el placer imaginativo se basa en “la belleza, la grandeza y la singularidad”. Retoma de Longino “el agradable horror” de lo sublime, pues lo bello puede producir dolor en vez de placer. Las concomitancias entre lo sublime y terror en Edmund Burke nos la detallan magistralmente ambas escritoras: “El asombro es el efecto de lo sublime en su grado más alto” y “el terror – escriben – es, a su juicio la fórmula sublime más pura”. Como es común, resulta perentoria la opinión de Kant sobre lo sublime, la tragedia, y lo

bello, la comedia. Para él, el concepto del Gusto se resume en el “libre juego de la imaginación y del entendimiento”.

Las páginas referidas al genio rebosan ingenio, esfuerzo, imaginación y, especialmente, sabiduría. Dos apartados son estudiados con sagacidad y discernimiento: La visión del romanticismo inglés y La paideia del romanticismo alemán. En el primero asoman “los ojos del amor” de Wordsworth, quien “defendía la poesía como expresión del sentimiento” a través del genio en una Naturaleza esencial, con la que el hombre convive y conversa a la vez. De su pluma y de la de Coleridge llega la revolución romántica a Inglaterra y con sus publicaciones se engrandece la literatura. Éste dirige su mirada hacia la imaginación como “facultad creativa y divina” y hacia la fantasía como “actividad imitativa y artificial”.

Sorprende verdaderamente la intensión y la extensión conceptual con que las autoras escriben sobre la paideia del Romanticismo alemán. Resulta ilusorio el intento de reducir a unas pocas líneas la transcendencia de sus autores. Sin embargo, las doctas y juiciosas palabras de nuestras estudiosas, como verdaderas artesanas de la lengua, ayudan sobremedida a comprender las teorías. Goethe, partidario en un principio por el Romanticismo y, posteriormente, enardecido por el descubrimiento de Italia se acerca a la estética clásica renegando de la literatura romántica. La admiración que tuvo Schiller por Goethe le lleva a “ver la Grecia clásica en y a través de sus ojos” porque él creí en el equilibrio entre la razón y el sentimiento. Otra perspectiva racionalista de la Ilustración alemana del siglo XVIII nos la proporciona el poeta y ensayista Lessing, el cual considera “que la literatura supera a las artes plásticas porque es en ella donde tiene campo ilimitado la imaginación”. La importancia de la aportación de Schlegel a la estética es innegable. Ahondan las autoras en su original forma de pensar, ya que concebía que la mediación entre el yo y el mundo era el arte. Schlegel “supera el dualismo kantiano entre lo bello y lo sublime”, pues “Bello es lo que al mismo tiempo es agradable y sublime”. Para él tanto la naturaleza como el hombre son artistas, pero con la diferencia del acabamiento del arte del ser humano. Esta dualidad cambia en la concepción de Hölderlin; la naturaleza es inconsciente, mientras que el arte humano es consciente, por tanto, la naturaleza es más orgánica por el hombre y el hombre más universal. Hölderlin venera el Clasicismo pero lo refunde con el auge del nuevo Romanticismo.

El tercer capítulo del libro lleva por título el sueño. La profunda con-

ceptualización de las autoras no les impide la introspección en el concepto de lo onírico de Freud. Según él, la poesía es una continuación de los juegos infantiles. La importancia de la aportación de Freud radica, en opinión de M^a Teresa y María, en no aceptar el esquema comunicativo emisor-receptor y en admitir que el sujeto es hablante a la vez que deseante. Con una verdadera maestría, explican los conceptos retórico-textuales del famoso psicoanalista.

El infinito es el último apartado del genial estudio de las escritoras que lo dedican exclusivamente a una de los pensadores más elogiados y ensalzados de la crítica literaria: Roland Barthes. Les recomiendo a los lectores que lean con detenimiento este capítulo por el derroche de síntesis de la que hacen gala las autoras. Nos acercan a los conceptos de escritura, placer, lectura, placer estético y textual, lenguaje, etc.

Se lee el libro con tal afán y soltura que enseguida te encuentras en la postrimería de la obra. Reproduzco textualmente el estupendo final del libro que es expresado con estas sabias palabras de R. Barthes: “Sabemos que para devolverle su porvenir a la escritura hay que darle la vuelta al mito: el nacimiento del lector se paga con la muerte del autor”.

GINÉS LOZANO JAÉN
Universidad de Murcia